

LOS EJÉRCITOS Y LAS ARMAS EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Guillermo G. CALLEJA LEAL
Doctor en Geografía e Historia
Profesor de la Universidad Europea de Madrid

INTRODUCCIÓN

EL cronista Francisco López de Gómara en su *Historia de la conquista de México*, describe cómo se produjo la entrada de Hernán Cortés y sus hombres en Méjico-Tenochtitlán el 8 de noviembre de 1519, segundo mes de Quecholli (flamenco) según el calendario azteca. Se hizo con el beneplácito de Moctezuma: *Ahora sé que sois hombres mortales y honorables y no hacéis daño; y ahora que he visto vuestros caballos —que son como nuestros gamos— y vuestros cañones —que son como nuestras cervatanas—, sé que lo que me han dicho sobre vosotros son bromas y mentiras y os considero como mis parientes*. Sin embargo, el ambiente de la ciudad no era tan relajado como las palabras del soberano azteca. Cuando Cortés partió en expedición contra Pánfilo de Narváez, lugarteniente del gobernador de Cuba, Diego de Velázquez, dejó de retén a un grupo de hombres con Pedro de Alvarado al mando. Una crónica azteca llamada *Las lanzas rotas* cuenta que mientras los aztecas celebraban una ceremonia religiosa en el templo principal, Alvarado y sus hombres *entrando a la fuerza donde estaban tocando los tambores atacaron al hombre que los tocaba y le cortaron los brazos, le cortaron la cabeza que cayó rodando al suelo, atacaron también a todos los sacerdotes apuñalándolos, golpeándolos con las espadas. Atacaron a algunos por detrás que cayeron instantáneamente al suelo con las entrañas colgando y a otros les cortaron la cabeza*. Esta descripción revela algunas de las peculiaridades

de la conquista de América por los españoles: esgrimían la espada y la lanza como armas, y el terror como estrategia. El imprevisto ataque de Alvarado no sometió a los aztecas, les indignó, y emprendieron luego una prolongada defensa de su capital hasta caer derrotados finalmente el 13 de agosto de 1521 frente a los novecientos hombres de Cortés y sus veinticuatro mil guerreros aliados tlaxcaltecas. Tan sólo diez años después de la conquista de Tecnochtitlán por los españoles, Francisco Pizarro iniciará en Cajamarca la conquista de Perú con ciento ochenta hombres.

No podría explicarse la conquista de América por los españoles si se parte del hecho de que la emprendió un número escaso de hombres y en un tiempo muy corto. Habría que analizar las fuertes tensiones políticas que estaban latentes en las grandes civilizaciones precolombinas y las enquistadas estructuras de sus gobiernos, ya que quedaban en una posición muy vulnerable ante agresiones externas, con una tecnología militar deficiente y una estrategia militar relativamente simple. España aventajaba a incas, mayas y aztecas en cualidades políticas, técnicas e ideológicas; lo que Bernardo de Vargas Machuca define como *fortaleza interior* y, sobre todo, en la gran capacidad de poder aglutinar, en el momento y lugar oportunos, la potencia militar precisa.

PRIMERA PARTE: LOS VENCIDOS

LOS AZTECAS

Los aztecas, mexicas o tenochcas eran en sus orígenes un pueblo de cazadores nómadas que a fines del siglo XII comenzaron a penetrar en el gran valle de Méjico. En 1325 fundaron su capital, Tenochtitlán, en un islote del valle de Texcoco. El estado azteca —si se quiere darle tal nombre erróneo— fue totalmente diferente al imperio incaico. Se fundaba en una base territorial muy reducida y no representaba una unidad estatal, ya que en realidad era una alianza de tres tribus nahua de Méjico con sus asientos principales en Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán (hoy Tacuba), y que no llegaron a aliarse de forma estrecha hasta 1430, siendo entonces rey de los aztecas su cuarto soberano, el combativo Itzcoualt, y por parte de los de Texcoco, el famoso rey legislador Netzahualcoyotl¹. Cada uno

¹ Tlacopán, residencia de los príncipes tepaneca, anteriormente había tenido la supremacía política y militar, pero su poder en la triple alianza fue en realidad muy secundario.

de estos tres estados confederados tenía su territorio y administración propios, y podía incluso declarar la guerra por su cuenta. Sin embargo, en la elección del jefe o rey de cada uno de ellos, los otros dos soberanos aliados tenían voz y voto.

Esta confederación², que existió hasta la llegada de Cortés, conquistó a las tribus vecinas; no obstante, hacia 1460 estalló una guerra entre los tres estados miembros que acabó con la victoria de los aztecas en 1473. A partir de entonces, Tenochtitlán ejerció el liderazgo en la confederación, alcanzando su máximo apogeo con su soberano Moctezuma II (1502-20), que precisamente era quien reinaba entre los aztecas cuando tuvo lugar la conquista emprendida por Hernán Cortés. En dicha época, la confederación azteca ejercía su poder imponiendo tributos a treinta y ocho tribus semi-independientes de la altiplanicie mejicana, con la excepción del aguerrido pueblo de Tlaxcala que se protegía contra el peligro de ser sometido a vasallaje mediante enormes fortificaciones construidas en el sureste y nordeste de la ciudad, y un ejército muy numeroso y poderoso.

Cuando Hernán Cortés inicia la conquista de Méjico, la población tenochca era de noventa mil habitantes, por lo que puede decirse que Tenochtitlán era una ciudad muy populosa en aquella época³. Los aztecas no podían autoabastecerse a partir de su producción local, por lo que dependían de los tributos que recibían de las tribus vasallas, tanto de alimentos como de objetos y manufacturas de lujo: oro, joyas, caucho, chocolate, algodón, tejidos, pieles de animales y aves (por sus plumas). Sin embargo, la guerra no sólo era vital para los aztecas en el aspecto político, económico o social, sino que era además una necesidad religiosa. Se consideraban el pueblo elegido por sus dioses, a quienes tenían que aumentar y robustecer especialmente con sacrificios humanos, para que éstos pudieran conservar el orden cósmico; ya que creían que sus dioses, como la naturaleza que les había dado la vida, estaban sujetos a la vejez y a la muerte. Su dios principal, Huitzilopochtli (el Colibrí Mágico), era el Sol y a la vez el guerrero de eterna juventud que combatía contra otros dioses que eran adversos para salvar a la humanidad; por ello, este dios recibía

² A partir de ahora se empleará el término *confederación azteca* por el liderazgo que ejercía Tenochtitlán dentro de la triple alianza.

³ Fuentes exageradas de la época cifran la población de Tenochtitlán en doscientos cincuenta mil habitantes; sin embargo, los estudios recientes proponen una población de unos noventa mil, lo cual parece razonable. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que por entonces Londres tenía una población de cuarenta mil habitantes y París sesenta y cinco mil, considerándose grandes ciudades en Europa.

continuos sacrificios humanos y la guerra era el único medio para asegurarle un alimento perpetuo de víctimas⁴.

Los aztecas estaban organizados en una sólida agrupación gentilicia basada en el clan patrilineal, llamado *calpulli* o *calpolli*. En Tenochtitlán había veinte clanes (en Texcoco doce) que estaban integrados por numerosas familias consanguíneas que a su vez eran grupos locales, ya que cada clan o *calpulli* ocupaba un distrito del que tomaba su nombre⁵. De ahí que el propio clan se llamara *calpulli* (casa grande) entre los aztecas, y barrio entre los españoles. Por otra parte, los *calpulli* quedaban agrupados en cuatro grandes unidades o fraternías, con funciones esencialmente religiosas y militares, aunque también sociales y políticas en segundo plano⁶.

Cada *calpulli* poseía sus tierras, que eran repartidas entre sus numerosos miembros sin que éstos fueran propietarios; y, además, era una comunidad religiosa y militar al mismo tiempo, ya que tenía su propio dios tutelar y dentro del ejército azteca constituía una formación cerrada que ostentaba el emblema del clan. Los miembros del *calpulli* se reunían en una asamblea donde se trataban los asuntos comunes. Estas reuniones estaban presididas por jefes electos: los jefes civiles se llamaban *calpolec* (cabeza de clan) y los jefes militares eran los *tiacauh* o *teachcauh* (hermano mayor).

Entre los aztecas no había una monarquía absoluta, como sí la había entre los incas. Había un gran consejo formado por los jefes de los *calpulli* que se reunía periódicamente para tomar decisiones sobre la paz o la guerra, y que era el que elegía al *uei tlatouani* (el que lleva la voz o la voz elegida). Al cabo de los años, el *uei tlatouani* llegó a tener tanta preponderancia que en las crónicas españolas se lo llama rey; ya que cuando llegaron los conquistadores, Moctezuma estaba rodeado de los jefes militares con pompa principesca y etiqueta palaciega, aunque originariamente la función del *uei tlatouani* fuera muy similar a la del *tiacauh* del *calpulli*. Su cargo se convirtió en casi hereditario al resultar siempre electo un miembro de una determinada familia.

⁴ KRICKBERG, Walter: *Etnología de América*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1974, 1.ª reimpresión, pp. 299-300. En las grandes fiestas religiosas aztecas los sacrificios humanos alcanzan una magnitud horrorosa. Según una crónica azteca, se inmolaron veinte mil víctimas en 1487 con motivo de la consagración del templo principal. Además, los conquistadores llegaron a contar ciento treinta y seis mil calaveras en los andamios (tzompantli) de dicha pirámide.

⁵ Algunos *calpulli* llevaban el nombre de un planeta o de un animal; sin embargo, son raras excepciones.

⁶ De este modo, Tenochtitlán estaba dividida en cuatro fraternías y cada una de ellas tenía cinco *calpulli*.



Lámina C de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

Junto al *uei tlatouani* había otro segundo funcionario supremo que también era electo y que se llamaba *cihuacoatl* (serpiente hembra), aunque aún no se ha aclarado con detalle cuáles eran sus funciones, se sabe que desempeñaba importantes misiones civiles y militares.

En cada *calpulli* se distinguía una clase social privilegiada de nobles (*teculli o pilli*), separada de los siervos y de los esclavos.

Los siervos procedían de la antigua población subyugada y no tenían los mismos derechos que los miembros de los *calpulli*; y en cuanto a los esclavos, éstos se elegían entre los prisioneros de guerra, los delincuentes, los presos por deudas o los individuos que voluntariamente habían sido vendidos por sus familiares.

La nobleza azteca se dividía en categorías con sus emblemas respectivos y no incluía solamente a los funcionarios hasta ahora mencionados (los relacionados con la organización gentilicia), sino también a los miembros de los *calpulli* que se habían distinguido por sus proezas guerreras⁷. Los privilegios de la nobleza eran fundamentalmente dos: estaba exenta de tributos y el *uei tlatouani* le concedía tierras del estado azteca a modo de feudos y que no procedían de las propiedades de los *calpulli*, sino de tierras conquistadas en campañas militares⁸.

Entre la clase noble y la de los agricultores comunes, se interponía la de los artesanos en los oficios o en las artes. Sin embargo, una vez que se ha expuesto la evolución del pueblo azteca tocante a su expansión militar a modo de introducción, a continuación van a tratarse los aspectos que aquí más interesan y que son los más relacionados con el ejército azteca y el modo de concebir y hacer la guerra.

Organización militar

El ejército era de una importancia primordial. Por ello, todo joven azteca al cumplir los quince años —sea cual fuere su status social— estaba obligado al servicio militar y se le sometía a una dura instrucción. Al incorporarse al ejército, se rapaba la cabeza dejándose un mechón de pelo en la nuca, signo inequívoco de su condición de recluta.

⁷ Esta nobleza guerrera podía desempeñar también cargos públicos.

⁸ La hacienda de un noble era una posesión individual, en contraste con las tierras del *calpulli*. Es posible que los enormes tributos de los pueblos sometidos que se guardaban en los grandes almacenes de Tenochtitlán fueran del estado azteca y no propiedad de los *calpulli*.

Cada joven iba siempre al combate acompañado por un guerrero veterano con la esperanza puesta en poder demostrar su valor, y lo hacía de forma análoga a la de cualquier escudero medieval europeo. Si lograba capturar un prisionero para los sacrificios religiosos (normalmente, lo hacía con la ayuda de varios veteranos), se convertía inmediatamente en *iyac*, y como señal de haber pasado su iniciación de guerrero, se cortaba la mayor parte del mechón de la nuca dejándose tan sólo una pequeña parte que le llegaba hasta la oreja. El *uei tlatouani* lo recompensaba haciéndole entrega de unas capas cortas de color naranja, con flecos en los bordes y el dibujo de un escorpión; y dos pares de calcillas, una carmín y la otra multicolor. En lo sucesivo, podría pintarse la cara con pintura de color ocre y tendría que capturar prisioneros sin ayuda de nadie.

El *iyac* recibía más honores cuando lograba capturar su tercer prisionero; no obstante, sólo accedía al rango de guerrero maduro al conseguir el cuarto cautivo por sí solo. Todo guerrero maduro pertenecía a la oficialidad y podía codearse de igual a igual con los más ilustres mandos militares⁹.

El campesinado era la base del *calpulli*; dedicados principalmente a la agricultura, formaban también parte de la gran fuerza de reservistas que constituía el grueso del ejército.

Los aztecas nunca tuvieron un ejército permanente, sino tan sólo un cuadro integrado por guerreros maduros. Cada vez que se declaraba la guerra, los campesinos convocados debían de incorporarse a filas de forma inmediata, siendo armados e instruidos mediante un breve curso; y, mientras tanto, otros miembros de sus respectivo *calpulli* atenderían sus quehaceres durante su ausencia. Como las guerras solían ser constantes, el guerrero-campesino generalmente era alistado mediante un eficaz sistema rotativo y gracias a su instrucción inicial resultaba ser un guerrero bastante competente.

Aunque había pequeños destacamentos (escuadras) de unos cinco guerreros para misiones especiales¹⁰, puede afirmarse que la unidad más pequeña del ejército azteca estaba constituida por un piquete (pelotón) de veinte hombres; y, a su vez, los piquetes se agrupaban en unidades mayores de doscientos, cuatrocientos u ochocientos hombres con sus respecti-

⁹ La mayoría de los *iyac* no alcanzaban el grado de guerrero maduro al no conseguir los cuatro prisioneros preceptivos. Por ello, regresaban a sus hogares para continuar en el oficio de sus padres, y lo más común era que se hicieran granjeros.

¹⁰ Estos pequeños destacamentos o escuadras de unos cinco guerreros se empleaban en misiones de reconocimiento y de infiltración en un territorio o ejército enemigo.

vos jefes al frente, y todos pertenecientes a un mismo *calpulli*. Pero, además, tenían unidades formadas por guerreros con armas arrojadizas, y cada una de ellas tenía al frente un oficial llamado *otomitl*.

Cuando se declaraba una guerra, cada uno de los cuatro «barrios» o divisiones de Tenochtitlán hacía la función de cuartel, teniendo que aportar las tropas necesarias para la formación de un gran ejército. Cada contingente formado por guerreros de un mismo *calpulli* con sus oficiales respectivos recibía el nombre de *capulli*¹¹. Las tropas de cada uno de los «cuarteles» se dividían en brigadas, y éstas estaban formadas por dos o tres *capulli*.

Al frente de cada cuartel había un comandante que era pariente del soberano azteca. Dos de estos comandantes se llamaban *tlacatacatl* (jefe de los hombres), otro se denominaba *tlacochcalcatl* (jefe de la casa de las jabalinas) y el cuarto era el *tlacatecatecuhtli*.

El *uei tlatouani* era el comandante en jefe de todo el ejército azteca, de los ejércitos de la confederación y de los ejércitos de la tribus vasallas; sin embargo, debido a que las guerras solían ser continuas, generalmente delegaba el mando en el *tlacatecatecuhtli* durante la campaña militar.

La clase de los oficiales no sólo suministraba oficiales para las mencionadas unidades de doscientos, cuatrocientos y ochocientos guerreros de un mismo *calpulli*, sino que también aportaba la guardia personal del *uei tlatouani* y los miembros de las unidades permanentes de tropa que se conocen como las «órdenes militares» del Águila, del Jaguar y de la Flecha. Dichas sociedades u órdenes militares eran unidades de élite y estaban separadas del ejército, aunque en los combates siempre se situaban en el centro de la primera línea de batalla¹².

Los cronistas españoles de la conquista de Méjico ofrecen cifras muy dispares sobre el número de guerreros que tenía el ejército azteca, ya que van desde veinte mil a doscientos mil. Según los estudios recientes, Tenochtitlán, líder de la confederación azteca, contaba con unos veinte mil guerreros en tiempos de Cortés, mientras que sus aliadas Texcoco y Tlacopán aportarían otros veinte mil; es decir, la confederación azteca podría movilizar en total unos cuarenta mil guerreros. No obstante, también conviene añadir que cuando se emprendía una campaña contra una tribu poderosa¹³, se sumaban los contingentes de tropas auxiliares aportadas por las tribus sometidas.

¹¹ No confundir el *calpulli* con el *capulli*.

¹² Parece ser que los guerreros de la «orden» de la Flecha no tenían tanta importancia como los de las «órdenes» del Jaguar y del Águila.

¹³ Téngase en cuenta que Tlaxcala podía movilizar veinte mil guerreros y en el sitio de Tenochtitlán aportó veinticuatro mil, que lucharon junto a los hombres de Cortés en calidad de aliados.



Lámina D de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

Vestimenta y equipo defensivo

El campesino azteca vestía una estrecha calcilla que pasaba entre las piernas y en torno a la cintura, con sus dos extremos pendiendo por delante y por detrás. Dichos extremos solían tener flecos y estar bordados. También llevaba una especie de mandil triangular que cubría la parte superior de los muslos. Sobre uno de los hombros se anudaba una capa rectangular tejida con fibras de algodón o magüey, y calzaba unas sandalias confeccionadas con fibras de magüey o de pieles de animales.

En tiempo de guerra, este campesino-guerrero no se ponía capa y recibía un *ichcahuipilli*, que era una especie de traje de una sola pieza (parecido en su corte al «mono» de un obrero actual) y ajustado, con mangas cortas y perneras hasta las rodillas. El *ichcahuipilli* se hacía con fibras de magüey o de algodón, tenía un espesor de unos tres dedos y se empapaba en salmuera para endurecerlo. Esta prenda tenía una abertura cerrada con lazos a la espalda y era la armadura corporal de los aztecas. Se decía, que esta armadura algodónosa y acolchada podía detener unas diez flechas e incluso, a veces, una jabalina; sin embargo, por supuesto, era traspasada con facilidad por las espadas y los proyectiles de las ballestas españolas.

Los aztecas tenían dos clases de escudos, llamados *chimalli*.

Había un modelo de escudo elaborado con tablillas de madera o de cuero y que cubría totalmente al guerrero, de cabeza a los pies. Podía además enrollarse cuando no se usaba y había sido especialmente ideado para contener las barreras de flechas del enemigo.

El otro escudo era redondo; es decir, era una rodela. Tenía un diámetro de cincuenta a setenta centímetros y estaba realizado de madera o de mimbre; e incluso también se hacía con cañas dispuestas en paralelo y entretrejidas con una doble capa de algodón. Esta rodela contenía perfectamente las flechas, pero no resistía el proyectil de una ballesta. Solía estar adornada con esmero mediante pinturas¹⁴, incrustaciones, mosaicos de plumas y adornos metálicos.

Algunos guerreros aztecas usaban un casco de madera que a veces estaba adornado con siete rodelas dispuestas en 2:3:2. Entre las tribus vasallas era frecuente el empleo de una gorra acolchada fabricada con fibras de magüey; sin embargo, los aztecas jamás usaron esta clase de protección.

Se ha descrito el equipo de un guerrero-campesino, pero conviene añadir que el de los mandos militares era muchísimo más elaborado, con

¹⁴ Normalmente, el escudo del campesino-guerrero era liso, aunque es posible que algunos llevaran el emblema de su *calpulli*.

hermosos adornos de plumas sobre el *ichcahuipilli* y banderas de mimbre adornadas con plumas o papel corteza, oro y joyas. Cada jefe llevaba una bandera sujeta a la espalda mediante unos tirantes sobre los hombros para tener así libres los brazos, y también un tocado de madera o cuero que estaba adornado con un penacho de plumas o una figura de madera y papel de corteza¹⁵.

El guerrero de la «orden» del Jaguar se ponía la piel de este felino sobre su *ichcahuipilli*, formando un tocado con la cabeza del animal, y asomaba el rostro por sus fauces abiertas¹⁶.

El *ichcahuipilli* del guerrero de la «orden» del Águila estaba cubierto por completo de plumas de dicha ave, y llevaba un tocado en forma de cabeza de águila con el pico abierto para dejar ver la cara¹⁷.

En cuanto al guerrero de la «orden» de la Flecha, éste se distinguía por llevar numerosas rayas rojas sobre el color blanco de su *ichcahuipilli*.

Los escudos de los diversos mandos y miembros de las «órdenes» militares, al igual que los de los jefes de cada *capulli*, eran todos del tipo redondo. Estas rodela tenían sus jeroglíficos o emblemas personales, eran de madera y tenían incrustaciones de oro o de turquesas, o también figuras representadas mediante un mosaico de plumas pegadas sobre papel de corteza.

Armas arrojadizas

Las principales armas arrojadizas que empleaban los guerreros de la confederación azteca eran: el arco, la honda, la jabalina, el venablo y la lanza.

Los arcos, llamados *tlauitolli*, estaban confeccionados con una sola pieza de madera y tenían una longitud entre 1,25 y 1,50 metros. Disparaban flechas con punta de obsidiana o de madera endurecida al fuego. Muchos aztecas no consideraban sus arcos como armas particularmente eficaces.

La jabalina y el venablo, llamados *tlacocochtli* y *mitl*, respectivamente, eran las armas predilectas de los aztecas. Ambas tenían punta de obsi-

¹⁵ Las largas plumas verdes y bronce del quetzal se reservaban exclusivamente a los mandos de mayor graduación, desde el jefe de *capulli* al soberano azteca.

¹⁶ Todos los miembros de la «orden» del Jaguar vestían exactamente igual, diferenciándose tan sólo por el dibujo del borde de sus escudos, en los que predominaba el color amarillo.

¹⁷ Los miembros de la «orden militar» del Águila recibían el nombre de Hombres Águila. Existen magníficas ilustraciones de los guerreros de las órdenes militares aztecas en el *Códice Durán*, dibujado por un artista mejicano entre 1560 y 1580.

diana o una punzante espina de pez y se arrojaban mediante un lanzador cuyo nombre era *atl-atl*. Dicho lanzador consistía en un palo corto con una ranura en medio y un gancho lanzador en su extremidad para evitar que el proyectil se saliera cuando el guerrero echara el brazo hacia atrás para lanzar el arma.

Las jabalinas se usaban también en el combate cuerpo a cuerpo y las había de dos clases: con una punta simple; o bien, con dos puntas, esto es, ahorquillada. En lo referente a los venablos, los había de muy variados pesos y tamaños, e incluso hubo un modelo muy ligero que era utilizado por los niños para cazar pájaros¹⁸.

Aunque la jabalina y el venablo eran las armas predilectas de los aztecas, los conquistadores temían muchísimo más a la honda. Estaba confeccionada con fibras de algodón retorcidas o trenzadas, y podía lanzar piedras del tamaño de un huevo de gallina. El temor de los españoles a la honda era muy justificado, ya que los proyectiles de las hondas podían aturdir o herir a un español con la armadura puesta, e incluso un fuerte impacto en la cabeza desprotegida podría provocar la ceguera o la muerte¹⁹.

Armas para el combate cuerpo a cuerpo

Además de la jabalina, los aztecas tenían una lanza larga de madera para luchar cuerpo a cuerpo. Esta lanza larga, a la que llamaban *tepuztopilli*, tenía una longitud de 1,75 a 2,75 metros y tenía punta y bordes afilados mediante trozos de obsidiana sujetos al extremo²⁰.

Sin embargo, las dos armas principales de los aztecas para el combate a corta distancia eran: el *macquahuítl* o maza-espada y la *macana*. Con la contundencia de los golpes que daban ambas armas, un guerrero podía abatir a un conquistador español provisto de armadura.

El *macquahuítl* era una espada-maza de ambas manos, tenía forma de paleta y estaba hecha de madera. Sus medidas aproximadas eran un metro de longitud, diez centímetros de ancho y cinco centímetros de espesor. Estaba provista de muescas a lo largo de sus cantos, en las que se incrusta-

¹⁸ Esta clase de venablo muy ligero se empleó en el sitio de Tenochtitlán.

¹⁹ La tribu matlaltzinca del valle de Toluca era famosa por sus honderos, quienes enrollaban sus hondas en la frente cuando no las usaban.

²⁰ El *tepuztopilli* o lanza larga era muy popular entre la tribu chinantec de las montañas de Oaxaca.



Lámina E de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

ban lascas de obsidiana muy afiladas²¹. En cuanto a la *macana*, era una fuerte y pesada maza de madera, como una gruesa porra redonda.

Por último, podría añadirse también un arma de mandoble: el *cuauholloli*. Tenía 1,25 metros de longitud y estaba dotado de una contera en su extremo y una hoja de cincuenta a sesenta centímetros en el otro. Como no tenía punta, se parecía más a un hacha o a una maza medieval que a un venablo. En realidad, no era un arma común en la confederación azteca: sin embargo, se ha creído conveniente incluir esta arma al ser empleada por ejércitos de tribus vasallas que combatían junto a los aztecas como tropas auxiliares.

Insignias e instrumentos musicales militares

Además de las insignias de los jefes de unidad o de clan, cada ejército tenía sus propios emblemas o distintivos que servían de referencia para el reagrupamiento de las tropas. Dichas insignias o blasones los llevaban los guerreros-guía sobre la espalda. Como ejemplos, podrían citarse los siguientes: el emblema de Tepetopac era un lobo con flechas; el de Ocotololco, un pájaro sobre una roca; y el de Tlaxcala, una grulla blanca con las dos alas desplegadas. Por otra parte, estaban las pinturas de los guerreros que se aplicaban en la cara, cuyos colores eran rojo, blanco y negro.

Los jefes aztecas, al igual que los de las demás tribus, se engalanaban para ser fácilmente reconocidos entre sus guerreros²²; pero esta circunstancia era también aprovechada por los aztecas para poder seleccionar sus capturas de prisioneros entre las filas enemigas, ya que todo cautivo era destinado a los sacrificios humanos y por ello debía de tener rango (cuanto mayor fuera éste, mejor).

En los combates, los capitanes aztecas daban las órdenes mediante un tamborcillo que llevaban a la espalda cuando no lo usaban²³; no obstante, los aztecas llevaban también otros instrumentos: tambores, trompetas, pitos y ocarinas de hueso o de arcilla que producían sonidos agudos y caracolas de tono grave. Al iniciarse la batalla, todos los instrumentos se

²¹ Las lascas de obsidiana del *macquahuil* se renovaban a menudo, puesto que perdían el filo con facilidad. Quizá debido a la extraordinaria dureza de la obsidiana, los aztecas no llegaron a darle un uso práctico al hierro que guardaban en sus almacenes de Tenochtitlán.

²² Algunos jefes aztecas llevaban un bozo llamado *tentel* en el centro del labio inferior.

²³ Este tamborcillo se tocaba con un palillo que estaba atado con un cordel y pendía del instrumento mientras no se empleaba.

tocaban a la vez y con fuerza para producir una gran cacofonía. Según los cronistas españoles de la conquista de Méjico, este estruendo ensordecedor que precedía siempre a todo combate se hacía para intimidar al ejército enemigo.

Estrategia y tácticas militares

Los ejércitos aztecas formaban filas apretadas en campo abierto y se protegían de las barreras de proyectiles del enemigo con sus escudos grandes; sin embargo, para los españoles esta maniobra convertía a los aztecas en un blanco muy fácil. Es cierto que muy pronto captaron los movimientos tácticos de los hombres de Cortés y que también aprendieron a aprovechar los refugios naturales y a posicionarse en terrenos incómodos para la caballería; pero, no lograron desprenderse del enorme lastre que suponía su propia concepción religiosa de guerra: el intentar capturar prisioneros sin exterminar al enemigo e iniciar todas sus operaciones militares con una fastuosa ceremonia religiosa, poniendo siempre inocentemente en sobreaviso a los españoles.

La actividad bélica tenía un carácter muy popular además de religioso que resultaba inconcebible para los españoles. Su ideología se plasmó en una forma de combatir que conjugaba la *xochiyaoyotl* o guerra florida, que venía a ser como un juego caballeresco cuya finalidad era la de obtener prisioneros para alimentar a los dioses, con la campaña imperialista de móvil económico (obtener tributos) basada en la emboscada y la degollina sistemática de población no combatiente. La obsesión de los aztecas por capturar españoles para sacrificarlos a sus dioses representó para ellos una gran desventaja en el campo de batalla.

Puede decirse que las tácticas militares de los aztecas eran relativamente simples. Como quedó anteriormente reseñado, el combate siempre se iniciaba con los pitidos, el batir de los tambores, el asonar de las armas, el sonido de las caracolas y, además, toda clase de insultos al enemigo. Tras cesar aquel ruido ensordecedor, los arqueros, los honderos y los lanceros arrojaban sus proyectiles; y, a continuación, el grueso del ejército avanzaba buscando la lucha cuerpo a cuerpo. Luego, según los guerreros se iban fatigando, otros guerreros de refuerzo situados en la retaguardia los iban sustituyendo.

Entre los aztecas era muy común el intentar desbordar al ejército adversario por un flanco, o bien atacarlo por los dos flancos a la vez; no

obstante, ahí terminaban las maniobras tácticas en los combates. Dos tretas muy típicas de los aztecas consistían en fingir una retirada para conducir a sus perseguidores a una emboscada, y en realizar un ataque con escasas fuerzas, ocultando el resto del ejército, para hacer luego un ataque por sorpresa.

Es muy importante tener en cuenta que si un guerrero daba muerte o mutilaba a un adversario, ni se consideraba un acto heroico ni tampoco recibía recompensa alguna por ello. Sólo se premiaba al guerrero en proporción al número de cautivos que hiciese para los sacrificios humanos; por ello, jamás se buscaba masacrar al enemigo vencido en combate²⁴. La victoria se conseguía cuando un bando contendiente tomaba o incendiaba el templo religioso del enemigo, o bien cuando capturaba al jefe contrario. En consecuencia, dadas las características de la *xochiyaoyotl*, todos los encuentros armados solían durar poco, eran muy reñidos y las bajas eran relativamente escasas.

Otro aspecto muy a tener en cuenta es la propia naturaleza del terreno, en cuanto a que éste determina la estrategia a seguir en cualquier campaña militar. Todos los caminos aztecas eran de tierra batida aunque muy superiores a los caminos europeos de entonces, puesto que resultaban idóneos para una civilización que carecía de animales de tiro y, por tanto, tampoco disponía de vehículos. La falta de transportes y de un buen sistema de suministros a lo largo de los caminos, hacía que todas las provisiones y equipos necesarios en una campaña militar tuvieran que trasladarse a hombros de porteadores. Si se tiene en cuenta que un porteador indígena sólo podía recorrer unos veinticuatro kilómetros diarios con una carga de treinta y cuatro kilos, puede entenderse perfectamente el que los aztecas no pudieran emprender campañas militares prolongadas y les resultara imposible el poner sitio a una plaza bien fortificada como Tlaxcala. Y también, de ahí que cuando tenían que combatir en un lugar distante, emplearan siempre tropas de las tribus vasallas (especialmente, las de las tribus más próximas al conflicto), que eran las que aportaban el grueso del ejército, siendo éste reforzado con algunas unidades de guerreros maduros y con miembros de las mencionadas «órdenes militares».

Tenían dos formas de declarar la guerra. Una de ellas consistía en enviar greda blanca y plumón al jefe enemigo, ya que eran los distintivos de las víctimas de los sacrificios; la otra se hacía haciéndole entrega de escudos, flechas y unos capotes que se daban a los cautivos. Cualquiera de

²⁴ También se recompensaba a la familia del guerrero muerto en combate o hecho prisionero. En cuanto a los cobardes, se los lapidaba en el mismo campo de batalla hasta que cayeran muertos.

los dos modos de declaración de guerra daba a entender al jefe enemigo que muy pronto tendría lugar el combate. Esto explica por qué los aztecas se quedaron muy asombrados cuando los hombres de Pedro de Alvarado, que se encontraban en Tenochtitlán en calidad de huéspedes, repentinamente les atacaron sin motivo aparente y sin ningún aviso formal.

En definitiva, los aztecas llevaban la guerra a un elevado nivel ritualista y combatieron contra los españoles según las normas de la *xochiyaoyotl* o guerra caballeresca para capturarlos vivos y ofrecerlos en sacrificios a sus dioses. Cortés y sus hombres tenían un concepto moderno de la guerra y luchaban para conquistar un imperio.

Por otra parte, además de tener una concepción diferente de la guerra, los españoles aventajaban a los aztecas en la calidad de sus armas y en los aspectos técnicos.

Las flechas, las lanzas y las jabalinas aztecas resultaron inútiles ante las armaduras de los conquistadores, y como mucho, sólo eran capaces de infligir heridas superficiales que ni siquiera impedían a los españoles el mantener su posición en línea de batalla²⁵. En la lucha cuerpo a cuerpo, sólo el *macquahuítl* y la *macana* podían matar a los españoles; pero, precisamente por eso, se impedía en todo momento el que los aztecas se acercaran lo suficiente, e incluso cuando lo lograban, resultaban traspasados por las espadas de acero. Además, los aztecas no sólo perdían en el combate cuerpo a cuerpo porque el infante español con espada y escudo era muy superior a sus guerreros, sino especialmente por su costumbre de capturar prisioneros. Conviene insistir en esta idea, ya que parece indudable que el empeño de capturar vivos a los españoles fue un factor determinante en la conquista de Méjico, de lo contrario hubieran muerto muchos españoles y precisamente los conquistadores no formaban un ejército numeroso; e incluso, Hernán Cortés pudo haber muerto al menos en dos ocasiones, si los aztecas no se hubieran preocupado tanto en apresarlos vivos para sacrificarlos a su dios Huiztilpochtli.

Según los cronistas españoles de la conquista de Méjico, los guerreros aztecas estaban muy mal dirigidos; sin embargo, esta apreciación estaba basada esencialmente en la superioridad manifiesta de las tácticas militares españolas. Pero, no hay que olvidar que los hombres de Cortés practicaban una «guerra total» del tipo que se libraba en la Europa del siglo XVI y que los aztecas no lograron cambiar su concepción de la guerra.

²⁵ Según los cronistas de la conquista de Méjico, Cortés y sus hombres tenían más a las piedras de las hondas indígenas que a todos los demás proyectiles; y todo ello a pesar de que en algunos combates, las flechas, las lanzas y las jabalinas nublaban el cielo.

Además, entre los españoles había soldados veteranos de las guerras europeas y por tanto eran los mejores de la época, y esto al margen de la superioridad de las armas españolas.

Sin embargo, también hay que decir a favor de los mandos y de los guerreros aztecas que no eran precisamente inflexibles como pudiera imaginarse. Los aztecas hicieron algunos esfuerzos muy loables en poder adaptar sus tácticas militares a las de los conquistadores españoles. Así, por ejemplo, durante el sitio de Tenochtitlán, los aztecas aprendieron a no desplegarse jamás en línea recta, sino en zigzag, para evitar de esta forma las *pelotas* de los arcabuceros; y, además, cuando veían apuntar a los ballesteros, se tiraban al suelo para dejar que los dardos les pasaran silbando por encima.

Los aztecas llegaron a superar su miedo al cañón, y cuando lograron capturar alguno en el sitio de Tenochtitlán, lo arrojaron al lago para asegurarse de que jamás volvería a ser utilizado. Llegaron también a vencer su miedo al caballo e incluso hicieron frente a la caballería²⁶. Además, utilizaron aquellas espadas que lograron arrebatar a los españoles y, al parecer —según los cronistas de la conquista—, manejaban la espada con más éxito que cuando luchaban con el *macquahuitl* y la *macana*.

Por último, puede afirmarse que la conquista de Méjico fue demasiado rápida y que, de no haber sido así, es más que probable que los aztecas hubieran superado su especial interés en capturar vivos a los españoles para los sacrificios a sus dioses, y habrían empleado numerosos efectivos humanos y el gran valor de sus guerreros en derrotarlos. Conviene recordar que la confederación azteca cayó ante el ejército de Cortés tras enfrentarse en sólo dos grandes batallas en campo abierto y tras un sitio de tres meses a Tenochtitlán realizado por los españoles y veinticuatro mil guerreros de la enemiga Tlaxcala.

LOS MAYAS

De todas las culturas constructoras de ciudades en la América precolumbina, la maya no era la más antigua, pero sí la más extendida, la más influyente y la más impresionante por su religión y sus logros científicos y

²⁶ Los guerreros aztecas abrían agujeros en las paredes exteriores de los edificios. Cuando cargaba la caballería, corrían a refugiarse en estos boquetes sin poder ser alcanzados. Luego, cuando la caballería iniciaba la retirada, los guerreros salían de sus escondites para intentar descabalgarse a los jinetes y decapitarlos, además de hacerlo con sus caballos.

artísticos. La región maya comprendía tres regiones distintas: una región meridional en las montañas de Guatemala; una región central en Petén y Honduras británica; y una región septentrional, la península del Yucatán.

El período clásico o de mayor esplendor duró cinco siglos y abarca el período que media entre Constantino y Carlomagno. En la región central, el siglo IX no sólo vio el fin del característico culto anterior de las estelas, sino también el cese total de la construcción de centros ceremoniales. Uno por uno fueron abandonados los templos hasta convertirse en ruinas y en algunos el abandono repentino, pues su construcción quedó sin terminar. Se han sugerido muchas causas. El agotamiento del suelo no hubiera producido una súbita deserción. Pudieran haberla causado las enfermedades epidémicas mortales de la región —fiebre amarilla, viruela, malaria, sífilis— son importaciones del Nuevo Mundo, pero además, no hay pruebas de que el país se hallara despoblado cuando llegaron los españoles. Tampoco hay pruebas de invasiones o destrucciones debidas a la guerra. Acaso la explicación más admisible sea una revolución de los campesinos que se extendiera de ciudad en ciudad. Posiblemente, la carga de la construcción de templos y del sostenimiento de una jerarquía eclesiástica llegó a ser intolerable. Quizá el clero, por su amor a la astronomía y a los dioses celestes y por olvido de los dioses domésticos de la tierra, de la lluvia y de la fertilidad, hicieron que el campesinado le retirara su confianza. Sea cual fuere la causa, las ciudades de la Guatemala fueron tragadas por el bosque y no se rehicieron nunca.

Las ciudades del Yucatán sobrevivieron para enfrentarse primero con una infiltración extranjera y luego con la conquista a cargo de los españoles. Los mayas no formaron nunca una gran unidad política, puesto que sus ciudades eran independientes entre sí. Aunque el temperamento maya era, y es, amable y pacífico, las ciudades a veces estaban en guerra. El clan itzá, que hacia finales del siglo X poseía la ciudad de Chichén, había entrado en la región maya formando un grupo de mercenarios. Ciertamente, estaban mejor armados y organizados para la guerra que cualquier grupo maya. Eran de origen mejicano. Tanto sus tradiciones como sus semejanzas en arte y costumbres los vinculan con el centro de Tula en la meseta mejicana. Ellos introdujeron nuevos dioses: un dios del sol, un dios de la guerra y Quetzalcoatl o Cuculcan, «*la serpiente con plumas*» (el más famoso de todos al impresionar mucho la imaginación de los españoles), dios de la ciencia y de los sacerdotes e introductor del maíz. Los mejicanos creían que estos dioses tenían que estar continuamente alimentados con sangre, preferentemente con sangre humana. El dios del sol, por

ejemplo, pasaba a través del averno cada noche y se levantaba temprano sediento de sangre humana cada mañana. Los toltecas, cuya mayoría eran mejicanos, practicaban los sacrificios humanos en una escala mucho mayor que los mayas. Esta práctica, a su vez intensificaba el deseo de guerra de los mejicanos como medio de adquirir cautivos para los sacrificios.

Los itzás eran escasos de número. Fuera de la localidad de Chichén Itzá su influencia fue al principio indirecta e incluso adoptaron muchos hábitos e inventos mayas. Pero en el siglo XIII fueron reforzados por otros grupos mejicanos más numerosos, que lograron, después de luchar mucho entre sí, establecer una liga de ciudades, de las cuales Chichén Itzá y Mayapán fueron las principales. Esta alianza controló todo el norte del Yucatán y puede ser considerada, exagerando un poco, como un «imperio». Mayapán experimentó evidente decadencia en el arte en general y especialmente en la arquitectura religiosa; sin embargo, Mayapán no era un centro religioso sino una ciudad fortificada, construida para ser habitada por una casta de guerreros que vivían del trabajo de un pueblo tributario. El dominio militar duró en Mayapán hasta el siglo XV. Sus gobernantes mejicanos fueron, no obstante, gradualmente absorbidos por la mayoría maya y perdieron no sólo su personalidad sino también su capacidad para gobernar.

La nobleza extranjera de origen mejicano fue derrotada en 1411, desmembrándose entonces el Yucatán en dieciséis estados independientes, pero insignificantes, que continuamente combatían entre sí por cuestiones de honor, de fronteras y, sobre todo, para capturar prisioneros destinados a los sacrificios a sus dioses —como los aztecas— o para servir como esclavos. Los cien años anteriores a la llegada de los conquistadores españoles al Yucatán fueron un período de desorden y progresiva barbarie.

Al llegar los españoles, los mayas tenían una civilización bastante similar a la de los aztecas al haber estado seis siglos bajo el dominio de la aristocracia mejicana. Durante este dominio, el Yucatán estaba dividido en provincias y en cada capital de provincia había un *halach uinic* al frente. Su cargo era hereditario y solía conceder los puestos administrativos a sus familiares.

En cada capital de provincia, el poder era compartido por el *batab* (en plural, *botabob*), que era el jefe militar, con carácter hereditario, y el *nacom*, que era elegido cada tres años.

No se conoce bien cómo era la organización social de los mayas tras la rebelión de 1411; no obstante, parece lógico pensar que cada uno de los

dieciséis pequeños estados yucatecos tendría un jefe y es muy probable que existieran cargos similares a los anteriores, aunque en manos de la nobleza maya.

El pueblo maya estaba agrupado en clanes familiares cuyas propiedades se heredaban por línea paterna. Por debajo de los clanes se encontraban los esclavos, que eran prisioneros de guerra, considerados de extracción demasiado baja para ser sacrificados a los dioses.

Organización militar

El ejército maya era muy disciplinado. Todo hombre sano y considerado para combatir, podía ser llamado para prestar servicio en el ejército, ya fuera para ir a la guerra o para recibir instrucción militar, la cual se hacía con regularidad mediante ejercicios y maniobras. No existía un ejército permanente, sino un ejército formado por milicias locales. Cada milicia local tenía al frente a un oficial llamado *holpop*, que cuando se movilizaban sus tropas debía informar tanto al *batab* como al *nacom*.

Antes de la rebelión maya de 1411 hubo unidades de mercenarios mejicanos llamados *holkans*, con dedicación militar plena y que estaban a las órdenes de jefes permanentes. También se sabe que existían ramas de las «órdenes militares» del Jaguar y del Águila, aunque se desconoce si éstas sobrevivieron tras la caída de la aristocracia de origen mejicano.

Vestimenta y armamento

El vestuario del hombre maya corriente era una calcilla de algodón tejido y una túnica de tipo poncho llamada *pati*. También usaba una pieza de tejido más grueso cuando hacía frío y que le servía de manta por la noche. Sus sandalias o *keneb* eran de cuero de tapir o de ciervo, y se llevaban atadas a los pies mediante dos correas.

La ropa y las sandalias de la nobleza eran muy similares, aunque tenían dibujos mucho más elaborados y coloristas. Los nobles solían ponerse pieles de jaguar sobre los hombros, al igual que usaban capas que les llegaban hasta la cintura o los tobillos. También llevaban hermosos y muy elaborados tocados que consistían en una armazón de mimbre cubierta de plumas, particularmente de quetzal; y en el caso de los funcionarios más importantes, estos tocados llegaban a tener el tamaño de una persona.



Lámina H de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

Existían otros tocados que eran turbantes de paño multicolor o un largo diseño arremolinado que representaba la planta del maíz.

La nobleza llevaba una gran cantidad de joyas en forma de pendientes de oro, una alhaja (a menudo un topacio) en la ventana izquierda de la nariz, anillos de jade en los dedos de las manos y de los pies, collares de brazaletes de jade, y los dientes limados o afilados con algunas incrustaciones de jade. También se ponían plumas alrededor de las muñecas y de los tobillos con la creencia de que éstas aumentarían la potencia muscular.

Cuando los nobles iban a la guerra, se ponían máscaras de jaguar y de otros animales, como peces y reptiles, algunos eran animales mitológicos. También usaban plumas para adornar sus capas, sus banderas, los extremos de sus calcillas y sus escudos. Puede decirse que los mayas tenían una gran preocupación por la estética y su aspecto exterior, incluso para ir a la guerra²⁷.

La aristocracia maya usaba un tipo de coraza de algodón acolchado que recuerda al *ichcahuipilli* azteca; sin embargo, los guerreros menos importantes llevaban otra clase de coraza que consistía en unos rollos de algodón retorcidos y enrollados alrededor del cuerpo, aunque no por ello menos eficaz que la de los nobles. En cuanto a los mercenarios u *holkans*, se sabe que llevaban una coraza similar a la de la nobleza, aunque algunos preferían llevarla hecha de cuero de tapir.

En cuanto a los escudos, los había de dos clases diferentes. Había un tipo de escudo redondo muy similar al de los aztecas aunque de menor tamaño; y el otro era grande y rectangular. Estaban realizados de madera o de cuero y tenían plumas de aves o pieles de animales por adornos. A los conquistadores les llamó la atención el que los mayas pintaran caras terribles en sus escudos para asustar a sus enemigos.

Tres eran las armas arrojadas de los mayas: el arco, el venablo y la honda. El venablo fue introducido por los aztecas al igual que su lanzador o *atl-atl*. Las puntas de las flechas y de los venablos eran de obsidiana, y en algunos casos, de madera endurecida al fuego.

Los mayas idearon sus propias armas para el combate cuerpo a cuerpo: una lanza o azagaya de metro y medio de longitud, una maza con filos de obsidiana, un cuchillo de hoja ancha de pedernal y una especie de tridente que obtenían al labrar tres afiladas hojas de una concha marina grande.

²⁷ Se practicaba el tatuaje de cintura hacia arriba, e incluso el remodelado de la nariz para que estuviera en prolongación con sus inclinadas frentes, inclinación lograda mediante tablas apoyadas en la frente durante la niñez. Además, los mayas tenían cicatrices ceremoniales.

Estrategia y tácticas militares

Al igual que en las batallas de los aztecas, los mayas siempre las precedían con una gran algarabía y para crear semejante estruendo, empleaban diversos instrumentos: unas trompas de guerra de metro y medio de longitud y hechas de madera o corteza, caracolas, tambores, flautas, zamponías y sonajeros de calabaza. Después —lo mismo que los aztecas—, intervenían los arqueros, los lanceros y los honderos arrojando sus proyectiles; y, finalmente, el grueso del ejército realizaba una carga sobre el enemigo buscando el combate a corta distancia.

Como lo más importante en los combates que libraban los mayas era obtener prisioneros para esclavizarlos y capturar jefes importantes para los sacrificios religiosos, dichos encuentros armados solían durar poco y había relativamente pocas bajas como en la *xochiyaoyotl* o guerra florida de los aztecas. Además, cuando el jefe contrario moría o caía preso, inmediatamente acababa la batalla; de ahí que las tácticas militares mayas podrían reunirse en una sola: llegar al jefe enemigo cuanto antes.

Las campañas militares se iniciaban generalmente con una incursión guerrillera en territorio enemigo para capturar prisioneros. Tras la agresi3n, solía tener lugar una batalla. Sin embargo, si el ejército extranjero era el invasor, no tenía lugar ninguna batalla importante, recurriéndose entonces a una guerra de guerrillas caracterizada por el empleo de numerosas trampas y emboscadas.

En la península del Yucatán había un sistema de caminos que enlazaban las ciudades principales. Algunos tenían hasta noventa y seis kilómetros de longitud, eran amplios y nivelados, y además con un firme duro y uniforme de caliza apisonada. A pesar de las buenas comunicaciones, los mayas no solían hacer campañas militares lejos de su territorio, puesto que todos los equipos y suministros del ejército eran transportados por porteadores esclavos y mujeres; esto es, no había animales de tiro ni vehículos por esta razón. Además, se daba la circunstancia de que la mayoría de los guerreros eran ante todo granjeros y el cuidado de sus cosechas tenía un interés prioritario sobre las necesidades propias de la guerra²⁸.

Pero, por otra parte, también hay que señalar que el pueblo maya era también mariner0, algo excepcional entre las grandes civilizaciones preco-

²⁸ El que el guerrero fuera ante todo campesino hacía que tuviera que retirarse de los campos de batalla en plena guerra. Así, curiosamente, en 1848, cuando los descendientes de los mayas tenían cercada y a su merced la ciudad de Mérida, levantaron el cerco para volver a sus campos a tiempo para plantar maíz.

lombinas. De este modo, para el transporte de tropas en desplazamientos de más de trescientos kilómetros, viajaban siempre por mar y nunca por vía terrestre. Sus embarcaciones eran enormes canoas construidas mediante el vaciado de enormes árboles que muchas veces alcanzaban los veinticuatro metros de longitud por dos con cuatro metros de ancho. Dichas canoas tenían la proa y la popa alzadas, pudiendo transportar hasta cuarenta marineros-guerreros²⁹.

Hernán Cortés nunca olvidó que el descubrimiento y la conquista de la Nueva España había tenido su origen en los intentos de descubrir una ruta hacia el Pacífico y por tanto hacia el Lejano Oriente. Una vez ocupado Méjico y pacificada su calle, Cortés reanudó la búsqueda bien de un estrecho entre los océanos o bien de puertos que pudieran convertirse en bases para la exploración del Pacífico. Entre 1522 y 1524 Michoacán y la mayor parte de la costa del Pacífico hasta el río Santiago en el norte, fueron conquistadas y distribuidas en encomiendas. En 1524 Pedro de Alvarado condujo un ejército bien equipado a través de Tehuantepec a la región de las ciudades mayas de Guatemala; Cristóbal de Olid fue enviado por mar a la bahía de Honduras. Estas dos expediciones encontraron no sólo los obstáculos del medio físico y la pertinaz resistencia de los mayas, sino también la oposición de los hombres de Pedrarias Dávila, que se hallaban explorando el norte de Darién. Las dos grandes corrientes de la conquista del continente se encontraron a lo largo de las fronteras meridionales de las actuales repúblicas de Guatemala y Honduras y parecía inminente un choque armado. Para complicar más la situación, Olid repudió la autoridad de Cortés y estableció un mando independiente. Cortés consideró necesario enfrentarse personalmente con el motín y con una posible guerra civil. Su ejército marchó a Honduras a través de la base del Yucatán peninsular, de un territorio espantosamente difícil, en el cual abruptas montañas alternaban con densos bosques. Un río y sus pantanos ribereños se tuvieron que cruzar por medio de un puente flotante cuya construcción exigió la tala de más de mil árboles. Pocos caballos sobrevivieron a la marcha; los hombres que sobrevivieron salieron del bosque con la salud quebrantada e incluso, durante algún tiempo, con el espíritu destrozado. Sin embargo, la presencia de Cortés bastó para restablecer el orden entre los hombres de Honduras —Olid había sido asesinado antes de su llegada— y para llegar a un acuerdo con los hombres de Darién, acuerdo que anexionó, durante algún

²⁹ Está probado que los comerciantes mayas se desplazaban desde Tampico a Panamá mediante navegación de cabotaje a más de tres mil ochocientos kilómetros. Por ello, cabe pensar que podían hacer incursiones a lugares muy distantes para capturar esclavos y jefes para sus sacrificios religiosos.

tiempo, Honduras a Méjico. Mientras tanto, Alvarado había llevado a cabo una campaña brutal y triunfante en Guatemala. Los mayas, vigorosos, inteligentes, con una cultura desarrollada aunque decadente, carecían de unidad política; y Alvarado, aprovechando la enemistad entre los dos pueblos principales, el cakchiquel y el quiché, ayudando a uno contra el otro, logró subyugarlos a los dos en 1524.

Francisco de Montejo, quien había tomado parte en las expediciones de Grijalva y Cortés a Méjico en 1518, fue enviado en 1527 al Yucatán para conquistarlo. Su ejército, compuesto por trescientos ochenta hombres y cincuenta y siete caballos, se fue agotando progresivamente en una guerra de emboscadas y de desgaste, ya que los mayas, a diferencia de los aztecas y de los incas, no podían ser vencidos en una batalla, ni tampoco contenidos mediante la toma de una ciudad importante o la captura de un jefe supremo, pues no los había. Debido a que los mayas eran verdaderos maestros en la guerra de guerrillas y a que el caballo en la jungla no representaba ventaja alguna para los conquistadores españoles, en 1537 no quedaba ni un solo español en el Yucatán.

Si en 1542 el hijo de Montejo emprendió una nueva invasión con éxito, fue debido a que los estados mayas del Yucatán se hallaban combatiendo entre sí. Unos años después, en 1546, logró aplastar una rebelión mediante una terrible matanza, llegándose a vender medio millón de mayas yucatecos como esclavos³⁰. Una tribu, la de los itzá, logró escapar de la masacre retirándose a su tierra ancestral, en los páramos del Petén y construyeron su nueva capital en la isla que hoy es el lago de las Flores: Tayasal³¹.

El pueblo maya siempre tuvo deseos de independizarse y por ello se rebeló en 1712, 1847, 1860 y 1912. Durante los alzamientos de mediados del siglo pasado, los mayas reconquistaron la mitad del Yucatán. De hecho, sólo en las últimas décadas, las aldeas más remotas volvieron a admitir la dominación de Méjico, ya que el pueblo maya no ha aceptado la conquista a pesar de que su espíritu —y su civilización de casi cuatro milenios— se haya quebrado por completo.

³⁰ PARRY, J. H.: *El Imperio Español en Ultramar*, Aguilar, Madrid, 1970, pp. 61-62; WISE, Terence: *The Conquistadores*. Reed Consumer Books Ltd. Londres, 1991, p. 42.

³¹ Los mayas itzá lograron mantener un pequeño estado independiente hasta 1697, cuando fueron derrotados tras oponer una durísima resistencia.

LOS INCAS

El imperio inca recibía el nombre de Tahuantinsuyu antes de la llegada de los españoles³². La voz quechua «*suyo*» significa surco o punto cardinal; por ello, Tahuantinsuyu quiere decir «el Mundo», del cual el inca o soberano se consideraba señor desde su capital, Cuzco, que era el centro del mundo.

Del mismo modo que el término «azteca» ha llegado a convertirse erróneamente en el nombre que designa a todos los indios mejicanos, el término «inca» originariamente carecía del sentido que hoy suele emplearse.

Según la tradición, el legendario creador del imperio incaico fue Manco Cápac I, cacique del pueblo quechua³³ e hijo del Sol (Inti) y fundador de la ciudad de Cuzco a fines del siglo XII. También a él se le ha atribuido la sucesión al trono por derecho hereditario de primogenitura masculina y —como sus descendientes— se llamó a sí mismo *Inca*; sin embargo, históricamente, fue Sinchi Roca, hijo del propio Manco Cápac I y de Mama Oclo, el verdadero artífice del imperio incaico.

Los ocho primeros sucesores de Manco Cápac emprendieron una expansión territorial escasa, pero fue en el siglo XV cuando los incas alcanzaron su mayor poderío con las fulminantes campañas militares de Pachacuti (o Pachacútec) Inca Yupanqui y de su hijo Túpac Inca Yupanqui. Desde 1437 los incas jamás perdieron una batalla, hasta que llegaron los conquistadores españoles casi un siglo después.

Pachacuti Inca Yupanqui (1438-71) llevó el imperio incaico a su mayor esplendor, extendiendo los dominios desde el norte de Ecuador hasta el centro de Chile, conquistó el reino de los chimús³⁴ y fue quien ordenó la urbanización de Cuzco, la capital del imperio. Su hijo Túpac Inca Yupanqui (1471-93) continuó las campañas militares de expansión y realizó importantes reformas organizativas³⁵.

³² Los indígenas no conocieron el nombre de Perú, que fue el que los conquistadores le dieron al imperio incaico. La palabra Perú viene de una interpretación errónea de la voz quechua que significa «río».

³³ En sus orígenes, el pueblo quechua procedía de la zona del lago Titicaca, en el área central de los Andes.

³⁴ El reino chimú, con capital en Chan-Chan, fue conquistado tras una guerra prolongada (1461-64) que causó una gran impresión a los quechuas, hablándose aún de esta guerra a la llegada de los hombres de Pizarro.

³⁵ Se atribuye a Túpac Inca Yupanqui la creación de yanacollas y acllas, así como el sistema de encuadramiento piramidal de la población del imperio.

Huayna Cápac *el Conquistador* (1493-1512), hijo del inca anterior, dominó las tribus del norte y trasladó la capital a Quito, creando dos centros políticos representados por sus hijos Huáscar y Atahualpa. Al morir, Huáscar se proclamó *Inca* en Cuzco (1525-32), mientras que su hermano Atahualpa hacía lo mismo en Quito (1525-33). Las legítimas pretensiones de Huáscar sobre los territorios del norte fue lo que provocó la guerra civil (1530-32) que dejó el imperio incaico muy debilitado, circunstancia que favoreció su conquista por parte de los españoles³⁶.

Athahualpa venció a Huáscar en los combates de Riobamba y Cotabamba, derrotándolo definitivamente con sus treinta mil hombres en Quipaypan, en 1532. Apresado Huáscar en el campo de batalla, fue ejecutado. Atahualpa, vencedor e inca insustituible, desposeyó a toda la nobleza que había apoyado a su hermanastro creando con ello una profunda crisis política y social que facilitó la conquista del imperio por los españoles, que cuando llegaron al valle de Cajamarca, hallaron Cuzco despoblado. Finalmente, Francisco Pizarro envió mensajeros a Atahualpa, lo capturó en una emboscada y lo ejecutó tras acusarlo de estar preparando una traición contra los españoles.

El imperio incaico o Tahuantinsuyu se dividía en cuatro grandes partes: el Chinchaysuyu, al oeste; el Antisuyu, al norte; el Collasuyu, al este; y el Cuntisuyu, al sur. Del mismo modo, Cuzco, residencia del inca y centro del imperio, se dividía en cuatro barrios que seguían las mismas orientaciones espaciales.

Cuando llegaron los españoles, el Tahuantinsuyu tenía una extensión de más de un millón de kilómetros cuadrados, tras haber absorbido alrededor de quinientas tribus. Los incas dominaban un imperio cinco veces mayor que la Francia actual y que no sólo cubría la actual república de Perú, sino también Ecuador, el sur de Colombia, parte del oeste de Bolivia, el noroeste de Argentina y llegaba hasta el centro de Chile. El grupo étnico principal era el quechua, aunque también había otras etnias importantes: los simarras del sur, los primitivos urus de la cuenca amazónica y los chimús de la costa norte de Lima.

Los incas convirtieron las tribus conquistadas en provincias del imperio y no en estados semi-independientes y tributarios como hacían los

³⁶ También había otras circunstancias. Las regiones Colla y Aymara provocaron largas guerras y sublevaciones. Otras tribus montañosas resistieron todavía más tiempo al expansionismo inca: la región montañosa de Quito fue añadida al imperio sólo unas cuantas décadas antes de la llegada de los españoles. Estas adquisiciones relativamente recientes fueron una fuente de debilidad para el estado incaico. Así, por ejemplo, los habitantes de Quito, aún muy resentidos de la dominación inca, recibieron a los españoles con gran entusiasmo.

aztecas. Por otra parte, todos los aspectos de la vida estaban notablemente organizados en el imperio y administrado férreamente por los incas desde su capital en Cuzco.

En la base de la sociedad se hallaba el campesinado, articulado en unidades de diez hombres mandados por un jefe. Un *capataz* estaba al frente de diez de estos jefes, controlando en su conjunto a cien hombres. Luego, diez *capataces* que se ocupaban de mil hombres estaban a su vez a las órdenes de un supervisor que era el dirigente de una aldea.

Las aldeas se agrupaban dentro de las divisiones que aproximadamente se correspondían con las tribus, pero el sistema decimal continuaba hasta unidades de diez mil campesinos encuadrados en diez aldeas, que formaban una provincia bajo el mando de un gobernador o *tuc-ri-cuo* «el que todo lo ve». Así, había por tanto, mil trescientos treinta y un oficiales por cada diez mil campesinos. Cada uno de esos clanes o *ayllus*, poseía la tierra que cultivaba, pero todo lo que el pueblo hacía o tenía estaba controlado por los incas.

Los propios incas estaban a su vez encuadrados en un *ayllu* que reunía a todos los de sangre real y por tanto descendientes de Manco Cápac I. Como los incas normalmente tenían mucha descendencia, se trataba de un *ayllu* que proporcionaba la élite del imperio incaico: todos los *tuc-ri-cuos* eran incas.

Una nobleza de segundo orden la constituían los *curacas*. Eran incas por privilegio y no por nacimiento, que por su capacidad habían logrado promocionarse ascendiendo de status social. Con frecuencia estos *curacas* eran los *caciques* o jefes de las tribus conquistadas, o bien sus descendientes.

Organización militar

Un imperio tan vasto como el incaico necesitaba un ejército enorme, poderoso, disciplinado y muy bien organizado. Esto exigía el que la mayoría de los hombres aptos tuvieran que recibir instrucción militar y entrenamiento en el uso de las armas desde la niñez, con ejercicios regulares que tenían lugar dos o tres veces al mes. Todo hombre de edad comprendida entre los veinticinco y los cincuenta años podía ser llamado a filas siempre que fuera necesario; no obstante, no había un ejército permanente. Cuando una guerra era inminente, cada provincia del imperio tenía que aportar un contingente de guerreros que estaba a las órdenes de un jefe local y dichos

contingentes tribales recibían entonces la orden de agruparse en Cuzco o de permanecer a la espera de que el grueso del ejército principal pasara cerca de su territorio.

La organización de estos contingentes se hacía de acuerdo con el sistema decimal. La unidad menor del ejército incaico estaba constituida por un pequeño destacamento formado por diez guerreros que estaba al mando de un *chungacamayoc* (guardián de diez), cuya misión era velar por la instrucción de sus hombres y porque éstos estuvieran provistos de sus pertrechos, prendas militares y armas³⁷. Después, cinco unidades de diez guerreros estaban a las órdenes de un *pincha chungacamayoc* (guardián de cincuenta). Estos dos empleos de oficial estaban normalmente desempeñados por funcionarios locales durante el período del servicio militar.

El sistema decimal continuaba en la organización hasta la formación de cuerpos de diez mil guerreros; no obstante, conviene advertir que no todos ellos eran únicamente agrupaciones tribales. En efecto, entre los oficiales del ejército incaico estaban el *pachaca camayoc* (guardián de cien), el *guaranga camayoc* (guardián de mil), el *apu* (capitán de dos mil quinientos), el *hatun apu* (comandante de cinco mil) y el *hatun apuratin* (vicecomandante de cinco mil). Todos estos oficiales eran militares profesionales procedentes de un cuerpo militar de élite.

En un ejército dispuesto a emprender una campaña militar, los capitanes y los generales de tribus conservaban sus rangos respectivos y estaban al frente de su propia gente —los collasuyus, los antisuyus, los cuntisuyus y los chinchaysuyus, entre otros—; sin embargo, todos ellos estaban a las órdenes de soldados profesionales de los *ayllus* incas y curacas.

Dentro del grupo de generales con experiencia, el Inca designaba el *apusquipuy* o comandante en jefe del ejército incaico. Éste solía ser un pariente cercano del Inca (un tío o un hermano) y estaba asistido por varios ayudantes llamados *apusquiprantin*.

El cuerpo de élite del ejército era el que proporcionaba la guardia personal del Inca, además de oficiales para todo el ejército y también luchaba en el combate como cualquier otra unidad militar. A pesar de que se cree que sus efectivos no pasaban de diez mil, lo cierto es que no se dispone de datos sobre cuántos eran en total. Conviene señalar que en este cuerpo de élite tan sólo podían ingresar los hijos de la nobleza (incas y curacas) y lo hacían al cumplir los catorce años de edad. Sus miembros, al ingresar en

³⁷ Todo guerrero debía llevar consigo su propia ración de grano y su colchoneta para dormir o descansar durante la marcha.

este cuerpo, eran sometidos a un durísimo entrenamiento durante cuatro años y que culminaba con seis días de duras pruebas de resistencia física, habilidad y valor. Aquellos que salían victoriosos de estas pruebas, recibían: unas calcillas, una honda, un escudo y un hacha con cabeza de plata; y además, se les perforaba las orejas para ponerles unos pendientes de oro que irían aumentando de tamaño hasta alcanzar cerca de cincuenta centímetros de diámetro³⁸. También estaban facultados para llevar los llautos o ínfulas reales, que eran una tira trenzada que se llevaba en la cabeza como una venda. Sobre este cuerpo de élite que formaban los «orejones», se sabe que al menos había cuatro batallones que por orden de importancia eran: el Auquilona³⁹, el Manconchurincuzcos, el Cacacuzcos y el Ayllucuzcos.

El tamaño del ejército incaico estaba siempre en función de la campaña militar que se iba a emprender, y hay constancia de efectivos humanos que iban desde los setenta mil a los doscientos cincuenta mil guerreros. El mayor problema del ejército incaico era cuando una campaña militar duraba más de lo previsto o se desarrollaba en condiciones desfavorables; pero, en ambos casos, la solución estaba en un eficaz sistema rotativo de relevos para que los guerreros-campesinos pudieran regresar a sus casas y allí recuperarse y atender a sus cultivos. Aunque, por otra parte, siempre que un campesino se hallaba en el servicio militar activo, sus campos eran cuidados por otros miembros de su *ayllu*.

Por último, conviene añadir que tanto el cuerpo de élite como el conjunto del ejército incaico tenían una disciplina rígida en extremo. Un buen ejemplo de esta disciplina férrea es el caso del general Cápac Yupanqui, ejecutado por haber emprendido una campaña militar por iniciativa propia. Perdió su vida no por haber fracasado, ya que su campaña militar supuso la conquista de una provincia para el imperio incaico, sino por no haber recibido la orden de conquistarla.

Otro magnífico ejemplo de la gran disciplina del ejército lo constituye el primer encuentro de las tropas incas con los españoles. En dicha ocasión, Hernando de Soto, extraordinario jinete, hizo una gran demostración de su dominio del caballo ante la mirada impasible del Inca Atahualpa. Al aproximarse Hernando de Soto en sus evoluciones a caballo, un escuadrón retrocedió y esa misma noche, estos guerreros fueron ejecutados por haber mostrado miedo.

³⁸ Estos pendientes de oro de la nobleza dilataban tanto los lóbulos de sus orejas que los españoles los llamaban «orejones» a estos nobles guerreros.

³⁹ El Auquilona estaba formado por los nobles más próximos al Inca en parentesco, incluyendo a algunos de sus hijos.

Vestimenta y armamento defensivo

El campesinado vestía un tipo uniformado de vestimenta que recibía de los almacenes comunales. Todos vestían igual y no se permitían variaciones.

Los hombres vestían un taparrabos o calcilla de lana y multicolor llamada *chumpi*, de unos quince centímetros de anchura, y que se hacían pasar entre las piernas y se sujetaban por delante y detrás con un cinturón, dejando que colgasen los extremos. También usaban una túnica sin mangas que llegaba justo por encima de las rodillas. Esta túnica consistía en una sola pieza de tejido doblado y cosido por los lados dejando aberturas para los brazos y con un agujero cortado para sacar la cabeza y, a menudo, tenía un borde adornado.

Sobre la túnica, se usaba una capa de lana llamada *yacolla*, que se anudaba en el centro del pecho o sobre un hombro. Todas las prendas de lana se fabricaban con lana de alpaca, generalmente blanca, aunque también la había con tonos grises y en marrón natural, mientras que las mantas y los capotes se hacían con lana de llama, que era más gruesa y grasienta, y de un color característico que era una mezcla de blanco y marrón.

En los pies calzaban sandalias de cuero de llama, sujetas a los tobillos mediante cordones; sin embargo, como eran de cuero sin curtir, se empapaban en tiempo húmedo, por lo que los campesinos preferían andar entonces descalzos. Pero en ceremonias religiosas y desfiles, este calzado se sustituía por otras sandalias fabricadas con algodón y fibras de magüey.

En cuanto a la nobleza y al funcionariado, llevaban la misma vestimenta que el campesinado, pero de mejor calidad al estar confeccionada con lana de vicuña, y además, tenía más ornamentación.

Siempre que el campesinado era reclamado para incorporarse a filas, se vestía con una túnica en la que llevaba el emblema distintivo de su *ayllu*, y también se ponía flecos de lana tejida con vivos colores en torno a los bíceps y por debajo de las rodillas⁴⁰. Se desconoce si el cuerpo de élite llevaba una rica túnica azul o quizá se la ponían los miembros de la tribu rucana, que eran los porteadores de la litera del Inca.

Algunos guerreros recibían prendas protectoras en forma de un chaleco de algodón acolchado parecido al *ichcahuipilli* azteca, aunque también se usaban protecciones de cuero para el pecho.

La mayoría de los guerreros llevaban una protección para la cabeza a modo de gorra con la insignia de su *ayllu*. Estaba confeccionada de lana

⁴⁰ Se creía que estos flecos aumentaban la fuerza muscular del guerrero.

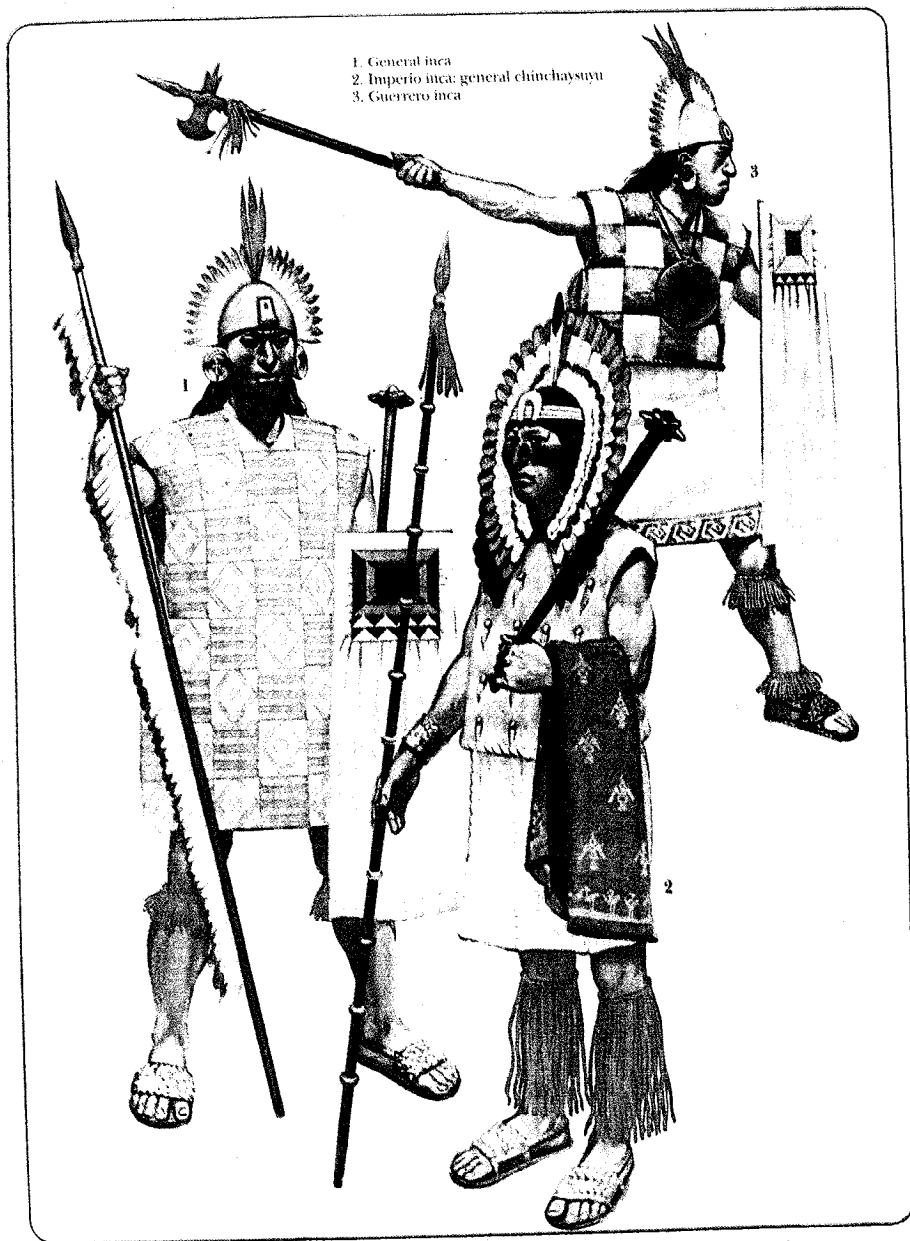


Lámina F de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

gruesa, de fibras de magüey, de algodón acolchado, de caña o de madera plisada. Muchos de esos cascos tenían un penacho de plumas que cruzaba de oreja a oreja.

Los capitanes y los generales solían llevar protecciones corporales muy similares a las de los guerreros, pero muy adornadas con plumas. De este modo, se los podía reconocer con facilidad por sus altos cascos en forma de cabeza de puma o por sus hermosos penachos de plumas.

El capote de los guerreros, al estar hecho con lana de llama y un tanto basto y grasiento, no dejaba traspasar el agua y el viento. Por lo general, no se usaba en los combates, pero podía enrollarse en el brazo izquierdo haciendo las veces de escudo.

En el ejército incaico se usaban dos clases de escudo. Había un escudo redondo de tablillas de negra y dura madera de palma de chonta, tan dura como el mismo hierro⁴¹, y que a veces se llevaba colgado al cuello para proteger la espalda. El otro escudo era rectangular, más pequeño y hecho de madera de chonta o de mimbre, cubierto con adornos de paño o plumas, o también de piel endurecida de ciervo o tapir. Esta clase de escudo se sujetaba con el brazo izquierdo para proteger la parte delantera del cuerpo y solía tener una especie de mandil que colgaba del borde inferior y que estaba adornado con emblemas y dibujos geométricos, cuya función era la de proteger las piernas de los proyectiles del enemigo⁴².

Aquel guerrero que había logrado matar al menos tres enemigos en combate, podía pintarse la cara con pintura de guerra. Consistía en pintarse una franja negra y ancha a nivel de la nariz y los pómulos hasta las orejas.

Condecoraciones y estandartes

Las condecoraciones militares del ejército incaico consistían en un disco de metal llamado *canipu* que se llevaba sobre el pecho y la espalda como medallones. Tenían tres clases de *canipu* según el tipo de metal: oro, plata y bronce⁴³.

⁴¹ La madera de palma de chonta para los escudos era proporcionada por las tribus de la jungla amazónica.

⁴² Las mejores ilustraciones pueden observarse en la obra *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe de Guamán Poma de Ayala, realizadas en Perú y acabadas en 1613.

⁴³ Los *canipu* de oro se reservaban exclusivamente para la nobleza, esto es, para los incas y curacas.

Los generales llevaban un largo báculo adornado con plumas o con bandas de oro y plata, y tenía un penacho de plumas en el extremo de la empuñadura. Era como un «bastón de mando».

Cada tribu tenía su propio estandarte, decorado con pájaros, serpientes o dioses, y se llevaba sujeto a una larga pértiga. El estandarte personal del Inca era siempre pequeño, cuadrado y con un arco iris para indicar que procedía del Sol; y además, tenía la enseña personal del Inca, que podía ser un puma, un cóndor, etc. Por otra parte, el estandarte del Inca se distinguía por un manojo de plumas en el extremo superior de la pértiga.

Todas las unidades individuales tenían sus propios banderines. Éstos tenían forma cuadrada, medían unos veinte centímetros, estaban pintados con emblemas e iban sujetos a una azagaya.

Armas arrojadas

El ejército incaico disponía de un amplísimo armamento para la lucha a corta y larga distancia, ya que los contingentes militares de las distintas provincias del Tahuantinsuyu disponían de guerreros expertos en sus propias armas y desarrolladas en muy diferentes condiciones.

Así, por ejemplo, los antisuyu, procedentes de la cuenca amazónica, eran muy expertos en el uso del arco, ya que sólo en su territorio podía hallarse madera dura y a la vez flexible para su fabricación. Por esta razón, los arqueros no solían intervenir en las guerras que se libraban en las regiones montañosas. Sus arcos eran cortos y disparaban flechas de madera dura cuya punta había sido endurecida al fuego o bien hecha de hueso.

Otro ejemplo lo constituyen las tribus ecuatorianas, que empleaban lanzadores muy similares el *atl-atl* de los aztecas para arrojar sus azagayas y venablos. La punta de estas armas podía ser de madera endurecida al fuego o también de hueso, como las mencionadas flechas de los antisuyus.

El pueblo colla también se había especializado en el uso de unas boleadoras llamadas *ayllos*. Las manejaban con maestría excepcional y éstas consistían en dos o tres piedras sujetas con cuerdas o correas que se unían a una sola cuerda. Cuando alcanzaban el objetivo, se enrollaban en los pies del guerrero enemigo o del caballo del jinete español; no obstante, también podían causar heridas muy graves, y resultó ser un arma eficaz contra las cargas de la caballería española.

Otra arma arrojadiza era la honda, llamada *huaraca*. Todos los contingentes militares del imperio incaico empleaban la honda con gran destreza⁴⁴. Se fabricaba con cuerdas de lana trenzada o de fibras de magüey y se llevaba generalmente atada a la cintura a modo de cinturón cuando no se utilizaba. Una honda podía lanzar una piedra del tamaño de un huevo de gallina con precisión y efectos que podían ser mortíferos, ya que una pedrada a unos quince metros podía abollar un casco de hierro e incluso partir una espada española.

Las hondas no sólo se utilizaban para lanzar piedras. En el sitio de Cuzco, los guerreros utilizaron proyectiles incendiarios propulsados por sus hondas para incendiar la ciudad y así obligar a los españoles a que salieran de ella. Dichos proyectiles incendiarios eran piedras envueltas en algodón ardiendo, aunque igualmente se empleaba un recubrimiento de alquitrán inflamado.

Armas para el combate cuerpo a cuerpo

El ejército incaico disponía de un armamento muy variado para la lucha cuerpo a cuerpo. Aunque los guerreros usaban azagayas de unos dos metros de largo —con punta de hueso, aunque a veces de cobre—, las armas principales eran: la espada, la maza y el hacha. Armas que podían resultar tan devastadoras para las tribus enemigas como para los conquistadores españoles.

Las armas predilectas y principales de los guerreros quechuas para el combate cuerpo a cuerpo eran la maza y la azagaya, aunque, por supuesto, manejaban bien la espada y el hacha. Por otra parte, los incas siempre entregaban espadas, mazas y hachas a aquellas tribus que estaban especializadas en armas arrojadizas para que pudieran completar su armamento.

La espada estaba realizada con madera de palma de chonta —al igual que muchos escudos—, por lo que era durísima. Tenía uno con dos metros de longitud por diez centímetros de ancho, y se estrechaba hacia el mango, que era redondeado y terminado en una contera. En la hoja se fijaban filos de bronce⁴⁵.

⁴⁴ La honda era un arma inseparable. Los niños pasaban mucho tiempo matando pájaros con sus hondas en los maizales y además era el arma que utilizaban los campesinos para su defensa personal; por ello, todos los guerreros eran muy diestros en su manejo. Con razón, la honda era el arma que más temían los hombres de Francisco Pizarro.

⁴⁵ Se han hallado espadas hechas íntegramente de bronce, pero son escasas.

La maza o porra tenía un mango de madera de unos ochenta centímetros de largo y una cabeza circular de piedra o de bronce con seis puntas sobresalientes. Sus golpes, por tanto, era muy contundentes.

El modelo de hacha común se llamaba *champi*, que era simplemente un hacha corta de mano; sin embargo, como puede comprobarse en las ilustraciones de que se dispone, también había otro tipo de hacha cuyo mango era tan largo que curiosamente parecía una alabarda.

Estrategia y tácticas militares

Las tropas incaicas siempre comenzaban los combates de forma análoga a los ejércitos aztecas. Primero, creaban un estruendo cacofónico intimidador mediante tambores, caracolas, quenas y otros instrumentos, a la vez que proferían toda clase de insultos al enemigo. A continuación, los honderos iniciaban la lucha lanzando una copiosa barrera de proyectiles. Luego, intervenían los arqueros, los lanzadores de venablos y los *ayllos* o boleadoras, a medida que se avanzaba hacia el enemigo. Finalmente, se producía la lucha cuerpo a cuerpo, y debido a que no existían restricciones religiosas como entre los aztecas, solía ser muy cruenta y, a veces, prolongada y con numerosas bajas.

El ejército incaico desarrolló tácticas mucho más complejas que el azteca. En vez de lanzar el ataque a lo largo de toda la línea de batalla, los incas buscaban siempre el centro de mando y resistencia del enemigo. De este modo, una vez que el jefe del ejército adversario caía prisionero, sus guerreros se desmoralizaban y huían precipitadamente del campo de batalla.

Las tropas de reserva estaban muy bien dirigidas y durante el combate se mantenían separadas de las tropas de vanguardia. Se empleaban para muy diversas funciones: relevar o fortalecer las líneas de combate en el lugar y en el momento preciso, desbordar una posición enemiga o proteger la retaguardia y las líneas de comunicaciones.

Una de las tácticas predilectas de los generales incas era la de dividir el ejército en tres secciones y atacar al enemigo con una de ellas para medir su fuerza y abrir una brecha en sus líneas, para luego atacar con las otras dos secciones por sorpresa y por los flancos de forma simultánea. Otra típica táctica inca era la de prender fuego a la hierba seca para forzar al enemigo a que abandonase una posición en la que se había hecho fuerte; y, también, como quedó reseñado, emplear proyectiles incendiarios lanzados con sus hondas.

Toda campaña militar se planificaba detenidamente a partir de una intensa labor de espionaje. Cuando fallaban los intentos de sometimiento por medios pacíficos, entraba entonces en acción una eficaz red de espionaje que estaba muy bien organizada y que se encargaba de reunir información de interés militar sobre el enemigo: la posición y la composición del ejército adversario, los principales puntos de resistencia, ubicación de los centros de abastecimiento de armas y víveres, e importancia y capacidad de las alianzas. Sin embargo, la labor de los espías del imperio incaico no quedaba reducida a misiones de información, ya que además sobornaban a los jefes militares del ejército oponente y se dedicaban a propagar falsos rumores para aislar al enemigo de sus aliados.

Por último, puede afirmarse que la estrategia militar inca estaba esencialmente dirigida a tres objetivos: cortar las comunicaciones del enemigo para que no pudiera recibir ni refuerzos ni suministros, procurar que tuviera que combatir lejos de los centros de abastecimiento y lograr que tuviera que luchar en terreno desfavorable.

Importancia militar de las comunicaciones

La clave para el mantenimiento del control administrativo y militar del imperio incaico estuvo en su magnífica red viaria. Los incas construyeron caminos que llegaban a todas las partes del Tahuantinsuyu a pesar de su enorme extensión. El camino real era el más largo con sus seis mil ochocientos kilómetros de longitud y cruzaba los Andes a través de las actuales repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile⁴⁶; y ésta era la ruta que comunicaba Quito con Cuzco. También había una calzada costera que iba de Nazca hasta Tumbes. Ambas eran las arterias principales y se unían en Vilcas Hauman, aunque estaban comunicadas entre sí a través de numerosos caminos transversales.

En esta gran red de comunicaciones había numerosos caminos dedicados especialmente para uso militar, con una anchura superior incluso al camino real y al de la costa⁴⁷. Estos caminos tenían muros laterales y eran empleados por el ejército incaico en sus largas marchas por el imperio, y aquellos guerreros que rompían filas y traspasaban los muros

⁴⁶ El camino real incaico era aún más largo que la mayor de las calzadas del imperio romano, esto es, la que iba desde Inglaterra, continuaba por el continente y llegaba a Jerusalén.

⁴⁷ El camino real tenía siete metros de anchura, mientras que el de la costa tenía entre cinco y seis metros.

laterales para robar comida o molestar a los civiles, eran condenados a muerte.

En las largas marchas a través del imperio, la tropa solía hacer un alto en los depósitos de suministros distribuidos por los caminos aproximadamente cada veinte kilómetros y que estaban gestionados por funcionarios locales. Dichos depósitos, llamados *tambos* (en lengua quechua, *tampu*), consistían en hileras de cobertizos rectangulares donde los militares (y los viajeros) hallaban cestos de carne y pescado secos, armas y equipos⁴⁸. Para evitar el que un gran número de guerreros se agolpara en estos depósitos, los diferentes cuerpos de ejército siempre marchaban con un día de diferencia.

Los caminos disponían también de puestos menores para las transmisiones o correos, situados a intervalos de unos dos kilómetros. En cada uno de estos puestos había dos garitas de piedra que alojaban a dos centinelas o *chasqui*. Se podían realizar señales para la comunicación de mensajes sencillos o urgentes mediante señales de humo o de fuego; sin embargo, los *chasqui*, mediante un eficaz sistema de relevos en los puestos, podían alcanzar los trescientos noventa y dos kilómetros en veinticuatro horas por terrenos de más de tres mil trescientos metros de altitud⁴⁹. Estos *chasqui* tenían siempre prioridad sobre los demás usuarios del camino y llevaban una librea especial con dibujos a cuadros para ser inmediatamente distinguidos.

Los incas no empleaban la rueda; sin embargo, cabe señalar que de poco hubiera servido su empleo al carecer de terrenos apropiados para vehículos rodantes y no disponer de animales de tiro capaces de mover tales vehículos. De este modo, todo los equipos y suministros se llevaban por medio de portadores (muchos de ellos eran mujeres) o llamas, empleándose estas últimas en caravanas de quinientos a mil animales⁵⁰.

Al construirse las calzadas, los incas resolvieron las cuestas de mucho relieve con escaleras, ya que el tránsito sólo lo hacían los peatones y las llamas, mientras que sobre los ríos y barrancos se extendían diques de piedra y puentes colgantes.

⁴⁸ En el puerto de Raya, sobre la calzada de Cuzco al lago Titicaca, hay un *tambo* perfectamente conservado, que consiste en un edificio con tres aposentos y dos cuerpos laterales, alrededor de un patio que baja en varias terrazas a un pequeño lago.

⁴⁹ Los correos romanos a caballo apenas podían alcanzar los trescientos veinte kilómetros diarios a través de las calzadas romanas y para los europeos del siglo XVI resultaba impensable alcanzar la velocidad que podían alcanzar los incas con su sistema de relevos.

⁵⁰ La llama era utilísima para los incas. Podía llevar una carga ligera de unos cincuenta y siete kilos en trayectos de diez a dieciséis kilómetros diarios, y resistir perfectamente las inclemencias del tiempo. Además, no necesitaba herrado y podía alimentarse de musgo y de pasto menudo donde cualquier otro animal de carga no podía pacer. Por otra parte, su estiércol servía de combustible donde no había leña, su carne como alimento, y su espesa lana permitía prescindir de albardas.

Los puentes colgantes⁵¹ consistían en cinco cables gruesos de fibras de agave amarrados a grandes pilastras; tres de los cables, cubiertos de fajinas, formaban el camino, mientras que los dos restantes servían de pasamanos. No obstante, además de estos puentes había «tarabitas» de un único cable (aún se usan en la actualidad), con el que pasan personas y cargas en canastas de un lado a otro de los ríos⁵².

Las fortificaciones

Los incas disponían de un notable sistema de fortificaciones por todo el imperio. Estas imponentes fortalezas estaban construidas en puntos elevados de las afueras de las ciudades, en los principales caminos militares y en las fronteras. Cada fortaleza era como una ciudad en miniatura al estar dotada de almacenes y terrazas cultivadas, y era capaz de mantenerse por sus propios medios aunque tuviera que soportar un sitio prolongado. Siempre que una ciudad era atacada, todos sus habitantes se refugiaban en la fortaleza y podían defenderse por sí mismos hasta que llegaran tropas en su auxilio.

Entre las fortificaciones incaicas destaca la de Sacsahuaman, que cubre un promontorio inclinado de base triangular entre dos ríos y que domina la ciudad del Cuzco, defendiéndola contra los ataques procedentes del noroeste. Sus construcciones consisten en tres murallas en zigzag a diferentes alturas de seis con cinco, cinco y tres metros, respectivamente, con parapetos y entradas ingeniosamente dispuestos.

También las principales vías de acceso a la región de las selvas tropicales en el este de los Andes, es decir, los valles de Paucartambo y Vicañota estaban bloqueados por medio de fortalezas, entre las que Ollantaytambo es la más importante, ya que precisamente desde estos valles el imperio incaico estaba continuamente amenazado por la invasión de tribus salvajes.

La idea fundamental en la construcción de estas fortificaciones era casi siempre la misma: se cubrían los sitios de menos declive de un picacho prominente en la ladera de un valle, desde el fondo hasta el desfilade-

⁵¹ El puente colgante más atrevido, que todavía está en uso, se encuentra en la cañada de Apurímac, en el camino del Cuzco a Ayacucho.

⁵² En las calzadas construidas junto a la costa, los incas plantaron hileras de árboles para dar sombra y dispusieron tapias de adobe como protección contra las tempestades de arena.



1. Imperio inca: guerrero chinchaysuyu
2. Imperio inca: hondero quechua
3. Imperio inca: guerrero chimu

Lámina G de la obra «América Latina: de la conquista a la Independencia».
Colección: Ejércitos y Batallas. Ediciones del Prado.

ro, con terrazas de albañilería a diferentes alturas, así como en los lugares muy escarpados con atalayas, mientras que las obras principales estaban situadas en el mismo desfiladero.

Un ejemplo típico de fortaleza incaica lo constituye Machu Picchu, que era además la fortificación más septentrional de los incas⁵³. Situada a una altura de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, sobre un filo de la sierra, a cuyo pie el río Urubamba traza la figura de una herradura, esta fortaleza consta (aparte de las terrazas) de una doble muralla en el lado abierto del recodo del río y de los dos fortines avanzados sobre cada uno de los picachos que dominan el filo. Un foso circunda la muralla interior, cuya entrada podía ser cerrada con gruesos tablones. De terraza a terraza corren escaleras de piedra; y un acueducto que pasa por debajo de la muralla conduce agua de manantial a dieciséis pilas de piedra construidas en fila.

Sin embargo, conviene señalar que los chimús fueron aún mejores constructores de fortificaciones que los incas, de ahí que sólo pudieron ser sometidos por Pachacuti Inca Yupanqui tras una durísima y prolongada guerra (1461-64). Tras su conquista, los incas incorporaron todo el sistema de las magníficas fortificaciones chimús al suyo propio. La cadena de fortificaciones chimús aseguraba el dominio de la llanura costera desde la cordillera andina hasta el Pacífico. Las fortalezas más importantes eran Paramonga y Caneta, al norte y al sur de Lima, respectivamente. En Paramonga, las terrazas se elevaban casi veintidós metros sobre el nivel del suelo y la muralla externa tenía entre tres y seis metros de altura, con un parapeto y un pasillo en su parte superior; además, las terrazas estaban unidas por unas rampas que atravesaban estrechos pasillos.

Las fortalezas chimús fueron tomadas por los incas mediante dos tácticas distintas: interrumpiendo la llegada de suministros y de agua con un férreo bloqueo, o bien simulando una retirada dejando un contingente oculto para atacar la guarnición por sorpresa.

Consideraciones finales sobre la conquista del imperio inca

El vasto imperio incaico, el Tahuntinsuyu, fue conquistado con la misma facilidad que el imperio de la confederación azteca, por un ejército español compuesto por ciento seis soldados de infantería, sesenta y dos de

⁵³ La fortaleza de Machu Picchu fue descubierta en 1910 y sirvió de refugio al Inca Manco Cápac II.

caballería y un falconete; sin embargo, tras la derrota inicial de los incas ante el ejército de Pizarro y la caída del Cuzco, los incas lograron reagrupar sus tropas y durante muchos años pudieron combatir con éxito a los conquistadores españoles.

La derrota inicial se debió a muy diversos factores, entre los que destacan los siguientes:

Primero. Las últimas conquistas incas aumentaron los territorios del imperio, pero lo dejaron muy debilitado y frágil ante una invasión del exterior.

Segundo. La muerte del Inca Huayna Cápac en 1525 provocó el enfrentamiento entre sus hijos Huáscar y Atahualpa, lo cual desembocó en una guerra civil que debilitó aún más al estado incaico. Precisamente, los conquistadores españoles llegaron cuando Atahualpa acababa de alzarse con la victoria sobre su hermanastro en 1532.

Tercero. La desaparición de la nobleza que había apoyado a Huáscar creó una profunda crisis política y social.

Cuarto. Los partes de información de los espías incas resultaron erróneos y por eso las tropas de Pizarro no fueron tratadas con el respeto que merecían. Según los espías del Inca los caballos eran inútiles de noche y la muerte del jinete suponía también la del propio caballo; los arcabuces eran rayos y sólo podían disparar dos veces y las espadas españolas eran tan inofensivas como agujas de tejer punto. Con semejantes informes, el Inca Atahualpa pensó que nada tenía que temer y por ello recibió a los españoles en persona, cayendo luego en una emboscada.

Tras la ejecución de Atahualpa, los incas lucharon con gran valor al mando de excelentes generales; sin embargo, siempre atacaban con luna llena y rara vez lo hacían con numerosos guerreros por la noche. Muy pronto Francisco Pizarro y sus hombres se percataron de estas pautas invariables de los incas y supieron utilizarlas en su favor; pero, con todo, los incas no cedieron en ningún momento y mantuvieron una resistencia durísima.

En 1536, el Inca Manco Cápac II, hijo de Huayna Cápac y reconocido por Pizarro como soberano de los incas (1533-44), se sublevó, sitió Lima y Cuzco, y opuso una feroz resistencia a los españoles hasta su muerte. Bajo su mandato, las tropas incaicas intentaron modificar sus tácticas militares para poder enfrentarse al enemigo español. Puede decirse que consiguieron algunos éxitos destacables, como el aniquilar en una ocasión a un destacamento de caballería que había quedado atrapado en un desfiladero y que fue sepultado con enormes piedras que fueron despeñadas desde lo alto.

Por otra parte, los incas supieron sacar provecho del armamento que capturaban a los españoles, excepto los arcabuces, ya que aunque obligaron a prisioneros españoles a fabricar pólvora, no sabían cómo cargar estas armas. No obstante, los oficiales incas se dotaron de cascos y escudos, y además demostraron ser muy diestros en el manejo de la espada. El propio Inca rebelde combatía a caballo con lanza española; pero los incas capturaron muy pocos caballos para poder alterar el curso inevitable de la guerra.

Tras la muerte del Inca Manco Cápac en 1544, las tropas incas carecieron de un caudillo capaz de dirigir la resistencia contra los españoles, e hicieron pocos intentos en asimilar los métodos de combate de sus enemigos. En este sentido, el Inca Túpac Amaru (último Inca, aunque no reconocido por los españoles), hijo de Manco, consiguió que se hicieran ochocientas picas y dos mil astas para colocar moharras⁵⁴.

La pica representaba la mejor respuesta para las cargas de la caballería española⁵⁵, sin embargo, las tropas incaicas sublevadas en Vilcabamba fueron finalmente derrocadas por las del virrey del Perú, Francisco de Toledo, quien ordenó destruir todas las picas de los incas y la ejecución de Túpac Amaru. Desde la muerte del último Inca en 1572, los españoles no tuvieron otras amenazas importantes por parte de los incas y ello marcó el fin del gran imperio del Tahuantinsuyu⁵⁶.

⁵⁴ Moharra (del árabe, muharrab). Punta de lanza que comprende la cuchilla y el cubo con el que ésta se asegura en el asta.

⁵⁵ Los indios de Venezuela adoptaron la pica para contener las cargas de la caballería española, con éxito.

⁵⁶ Dos siglos después hubo un revolucionario peruano llamado José Gabriel Condorcaqui (hacia 1740-82), conocido también como Túpac Amaru, que decía descender de los antiguos incas. Organizó una terrible sublevación independentista, pero fue derrotado por las tropas del virrey del Perú, Agustín de Jáuregui y Aldecoa, en 1782, quien ordenó su ejecución.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIAR, Francisco de: *Relación breve de la conquista de Nueva España*. Editorial Federico Gómez Orozco, México, 1954.
- ALONSO DEL REAL, Carlos: «El mundo en que entraron los conquistadores», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 91 y 92, Madrid, 1957.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: *Historia de América*, Pegaso, Madrid, 1946.
- BORREGÁN, Alonso de: *Crónica de la conquista de Perú*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1948; ídem: *The Broken Spears: the Aztec Account of the Conquest of Mexico*, Fletcher and Son Ltd. Norwick, Boston, 1962.
- CAPPA, Ricardo: *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, Imp. Perel Dubrull, Madrid, 1889-97, 20 vols.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: *Crónica de la Nueva España*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo CCXLV, Madrid, 1914.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro: *Guerras Civiles del Perú*, Editorial M. Jiménez de la Espada, Madrid, 1877-81; Idem: «Guerra de Quito» en *Historiadores de Indias*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, tomo XV, Madrid, 1909; Idem: *La crónica del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.^a serie, tomo I, Lima, 1968.
- CORTÉS, Hernán: *Historia de la Nueva España escrita por su esclarecido conquistador*. Aumentada con otros documentos y notas por el Ilmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, México, 1770; ídem: *Cartas de Relación*. Editorial de Pascual Gayangos, París, 1866.
- DENHART, Robert M.: *Diccionario porrúa de la historia, biografía y geografía de México*, Porrúa, México, 1964.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXVI, Madrid, 1862.
- ESTETE, Miguel de: *Noticia del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.^a serie, tomo I, Lima, 1968; ídem: *Estudios cortesianos*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1948.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, José Amador de los Ríos, editor, Madrid, 1851-55, 4 vols.
- FERNÁNDEZ DE PALENCIA, Diego: *Primera y segunda parte de la Historia del Perú*, Juan Pérez de Tudela y Bueso, editor, Biblioteca de Autores Españoles, núms. 164-165, Madrid, 1963, 2 vols.

- FORRERO, M. J.: «Interpretación de la conquista y colonización de América», en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, 1942.
- GARCILASO DE LA VEGA, El Inca: *Obras completas*, P. Carmelo Sáez de Santa María editor, Biblioteca de Autores Españoles, núms. 132-135, Madrid, 1960, 4 vols.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe: *El primer Nueva Crónica y buen gobierno*, Editorial Cultura-Ministerio del Ejército de Perú, Servicio de Prensa, Propaganda y Publicaciones Militares. Lima, 1956-66.
- KONETZKE, Richard: *Descubridores y conquistadores de América. De Cristóbal Colón a Hernán Cortés*, Gráficas Cóndor, Madrid, 1968.
- KRICKEBERG, Walter: *Etnología de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, 1.ª reimpresión.
- JEREZ, Francisco de y ESTETE, Miguel de: *Extremadura en América. Conquista del Perú y viaje de Hernando Pizarro desde Caxamarca hasta Jauja*, Antonio Rodríguez Moñino, editor, Badajoz, 1929.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, 2.ª ed. y 3.ª reimpresión.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: *Historia de la conquista de México*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXII, Madrid, 1949.
- LYNCH, John: «La cólera de Dios» en *Revista de Historia 16*, año II, núm. 14, Madrid, junio 1977.
- MARKHAM, C. R.: *Reports on the discovery of Peru*, Hakluyt Society, Londres, 1827.
- MENA, Cristóbal de: *La conquista del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.ª serie, tomo I, Lima, 1968.
- MOLINA, Cristóbal de: *Relación de la conquista del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.ª serie, tomo I, Lima, 1968.
- PARRY, J. H.: *The Spanish seaborne Empire*. Hutchinson, Londres, 1966.
- PRESCOTT, Guillermo H.: *Historia de la conquista del Perú, con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas*, Compañía General de Ediciones, Colección de Ideas y Letras, México, 1952.
- REAL, Cristóbal: *La conquista de un Imperio*, Tall. de la Real Hermanos, San Juan de Puerto Rico, 1940.
- REID, William: *Royal Commentaries of the Incas and General History of Peru*. University of Texas Press, Austin, 1966.
- TRUJILLO, Diego de: *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.ª serie, tomo II, Lima, 1968.

- VARGAS MACHUCA, Bernardo: *Milicia y descripción de las Indias*. Reimpresión hecha sobre la primera edición, Madrid, 1892, 2 vols.
- WISE, Terence: *The «Conquistadores»*, Reed Consumer Books Ltd. Londres, 1991.
- XEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista de Nueva Castilla*, Biblioteca Peruana, 1.ª serie, tomo I, Lima, 1968.
- ZÁRATE, Agustín de: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Biblioteca Peruana, 1.ª serie, tomo II, Lima, 1968.